

==== Capítulo III ====

Una tormenta azotaba la casa como si el tiempo gritara mientras el delirante joven se retorció de dolor. Los truenos resonaban en el aire, los rayos cruzaban el cielo y el viento azotaba la pequeña choza sin compasión, hasta hacer crujir sus paredes. Ahary no recordaba una tormenta semejante, y eso la disgustaba e incomodaba; siempre había sentido una cierta aversión por los truenos, y cuando sonaba uno la joven no podía evitar aferrarse al atormentado muchacho.

Intentó hacerlo sentir mejor, pero parecía imposible. Utilizó piedras curativas, paños fríos, pócimas calmantes y sedantes. Cuando nada de esto funcionaba le acariciaba el pelo, y aquello parecía darle fuerzas al joven doliente, pero no volvió a decir una palabra.

Por fin Katniss regresó, y lo hizo con Urgol, su maestro, un *sharu* anciano y muy serio pero de gran sabiduría, perteneciente al Consejo *sharu* que mantenía unida la despreciada y a menudo perseguida comunidad. Ambos estaban empapados incluso bajo las capas de viaje.

Oírlos llegar con aquel clima preocupó a Ahary.

—¡Cielos! —exclamó, dejando de acariciar al desconocido para correr a buscar toallas para los recién llegados.

En aquellos momentos no le importaba quiénes eran, ni cómo podrían tratarla: era importante que se secaran y calentaran.

No como el joven, pensó, que necesitaba justo lo contrario.

—¿Estás bien, Kat? —preguntó, comenzando a secarla ella misma sin darle tiempo a responder.

—El temporal es fuerte —respondió su hermana con una sonrisa agotada—, pero ya hemos llegado. Por el Espíritu, pobre chico...

~ 1 ~

En el lecho el muchacho permanecía hecho un ovillo, con el rostro oculto tras los brazos. Los temblores lo sacudían como espasmos y su respiración era irregular, superficial.

Ahary miró a Katniss, sintiéndose culpable.

—Lo he intentado todo, pero nada funcionaba —dijo—. Parece que haya empeorado tanto que ni siquiera puede articular palabra.

Inspiró hondo y regresó junto a su paciente, arrodillándose a su lado para acariciarle el cabello.

—No sabes cuánto me alegra que estéis aquí, no puede seguir así —sentenció, preocupada.

—Lo dormiré de nuevo y... —propuso Katniss.

—No.

Fue la primera palabra que pronunció su maestro, una orden seca y firme.

El anciano se retiró con calma la capa empapada y retorció los bajos de su túnica para retirar el exceso de agua. No se apresuró mientras lo hacía, incluso aunque el muchacho agonizaba a unos pasos de él.

—Un conjuro sedante reducirá los efectos más notables del mal que lo atormenta —explicó al fin en tono de obviedad, aproximándose—. Tengo que verlo en todo su potencial para estudiarlo a fondo.

—¿Pero es que no ves lo que está sufriendo? —espetó Ahary.

A pesar de todo movió su mano para coger la del muchacho, estrechándola. Sabía que no había elección; debían entender qué le pasaba para saber cómo ayudarlo. Debía resignarse. Al fin y al cabo, ¿qué podía hacer ella?

—Cielos, tienes que aguantar un poco más, por tu bien, por favor —rogó, apoyando su frente en la de él; estaba tan caliente que no pudo contener un estremecimiento de preocupación.

El chico abrió apenas los ojos, brillantes de dolor, y clavó una mirada agonizante en ella. Sus dedos largos apretaron a los de Ahary, pero no lo hacía con tanta fuerza como para magullarla; no con la fuerza que emplearía cualquier otro al sufrir de aquel modo.

El maestro Urgol extrajo de su cinturón un granate y la puso en la palma de su mano. El modo en que miraba al joven no era compasivo.

*Que el poder de mi alma
me permita ver
el mal de este cuerpo.
Que así sea.*

La piedra lanzó leves destellos de luz conforme la energía se doblaba a la voluntad del *sharu* y se deslizaba hacia las marcas blancas para estudiarlas, para entenderlas.

De inmediato el desgraciado lanzó un quebrado lamento de agonía y cerró los ojos, hundiendo el rostro en la almohada, presa del dolor más atroz.

A Ahary se le rompió el alma al verle sufrir así. Se dejó llevar por algo que estaba más allá de la razón, por un instinto primario: no podía soportar ver cómo agonizaba de aquel modo.

Golpeó la mano de Urgol para quitarle el granate y poner fin a aquella tortura.

—¿¡Es que no hay otra manera?! —le gritó—. ¿¡No tienes empatía?! ¡Porque estoy segura de que hay otras formas menos dolorosas!

El maestro *sharu* la miraba boquiabierto. No le había hecho daño, salvo en su orgullo. Había osado interrumpirlo y ahora le gritaba. ¡Ella, nada menos!

—¿Pero cómo osas? —musitó, y la rabia fue haciéndose patente en sus ancianos rasgos, en sus ojos y en la mueca de su boca—. ¡Cómo te atreves! ¡Esto es un escándalo! Tú, casi una descastada, una inútil que jamás ha sabido cómo conectar con el Espíritu, ¿¡tú osas interrumpirme a mí, decirme a mí lo que tengo que hacer!?! ¡Soy más de lo que tú llegarás a ser jamás! Y el único modo de estudiar la magia que lo aqueja, ¡es con nuestra *sharuessa*! ¡Por el Espíritu, ¿cómo tienes el valor de...?!

—¡Maestro Urgol, por favor! —El ruego no era de Ahary, sino de Katniss, que se interpuso en ademán conciliador—. Ella no quería ofender, os lo prometo. Se ha

encariñado con el chico, lo ha estado cuidando y está exhausta, no le gusta verlo sufrir. Por favor, tratad de comprender.

—Que se mantenga lejos de mi camino a no ser que se la llame —gruñó el *sharu*—. No quiero más interrupciones.

Katniss miró a su hermana en ademán suplicante.

—Pero... —Ahary se mordió el labio—. No pienso moverme de su lado, no mientras lo... torturan. Y porque esto no es culpa tuya, Kat, y te conozco y sé que...

«Sé que saltarías en mi defensa aunque pusieras en juego tu futuro», se dijo.

Después volvió a colocarse junto al muchacho y apoyó su frente en la de él.

—Lo siento —le susurró.

El joven abrió apenas los ojos para mirarla, agonizante, pero logró estirar los dedos hasta acariciar el hombro de Ahary, con suavidad, indicando que no importaba.

—Ahora compórtate —ordenó el maestro Urgol—. Ya que estás aquí, impide que se mueva. No puedo examinarlo si se retuerce como una serpiente.

—Como si tú en su situación pudieras soportarlo —replicó ella entre dientes—. Viejo engreído.

Aun así tomó la mano del muchacho y le devolvió la mirada, mordiéndose el labio.

—Intentaremos hacer que pienses en otra cosa —propuso mientras el *sharu* ya invocaba el poder del Espíritu—. No sé, ¿has visto el mar?

Él estrechó los dedos de Ahary sin apartar la mirada. Tragó saliva.

El granate, de nuevo en mano del maestro, titiló de nuevo, y el chico lanzó un quedo gemido de agonía. Aun así asintió con vehemencia y los ojos húmedos por el dolor.

La chica sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Impotente boqueó, nerviosa, preguntándose si hablar iba a llevar a alguna parte. Ya suponía que no, pero había otras opciones.

Por ejemplo, provocarle odio.

No sería el primero en detestarla, se dijo, y al menos lo cogería tan por sorpresa que no pensaría en lo que sufría.

—Perdóname —musitó—. Ni siquiera sé tu nombre y...

«Ódiame, venga. El odio es más fuerte que cualquier dolor».

Inspiró hondo y se inclinó de nuevo sobre él, pero no para apoyar la frente en la suya o para susurrarle palabras de ánimo, sino para entregarle a un total desconocido algo muy preciado: su primer beso.

No importaba, se convenció, puesto que no iba a tener la oportunidad de encontrar a alguien que la quisiera.

Y finalmente sus labios alcanzaron los del muchacho.

Un leve jadeo brotó de la boca entreabierta del joven, que se cerró de inmediato. Los labios, lejos de ser tensos y fríos, eran calientes, blandos. Se amoldaron a los de ella, y él movió ligeramente la cabeza contra la de Ahary, devolviéndole el beso.

No había esperado una respuesta así.

Fue la muchacha la que se quedó fuera de lugar, atónita, preguntándose si acababa de corresponderla como si le hubiera gustado. ¿Gustarle el beso de una desconocida?

Ni siquiera sus propios sentimientos tenían sentido. ¿Dónde estaba el hastío, el asco que había esperado?

Ahary se separó de los labios del joven, boqueando como un pez fuera del agua. Había sido él quien la dejó a ella con la mente en blanco, y no a la inversa.

Primero habían sido aquellas miradas que la taladraban hasta el alma, como si la conociera, como si la quisiera conocer. La había hecho sentir incómoda al contemplarla de aquel modo; no estaba acostumbrada a que la vieran, a que repararan en ella. Ni siquiera había sabido cómo digerir esas intensas miradas que la seguían a todas partes.

Y ahora aquello.

Sí, había empezado Ahary, había provocado aquella situación, pero no esperaba ese resultado.

El chico volvía a mirarla ahora, con los ojos velados, las manos tensas y los labios entreabiertos.

—Que patético —gruñó de pronto el maestro Urgol, probablemente porque no aprobaba aquellos métodos.

La muchacha compuso una mueca de disgusto.

—¿Disculpa? —dijo—. Aquí el único patético que hay en la sala es uno, y no hace falta que apunte a la persona, se delata por sí misma cada vez que habla con arrogancia. Es a quien no le importa que sufran los demás mientras los sana, o mejor dicho, intenta sanar. —Mientras hablaba estrechó la mano del chico.

—¡Pero cómo osas...! —exclamó el maestro, deteniéndose para mirarla con ira.

—¡Bueno!

Fue Katniss la que interrumpió. Se aseguró de sentarse en la cama justo entre ambos, el anciano *sharu* y su irreverente hermana, pero sin dirigirse a ninguno de ellos, sino al desconocido que yacía aferrado a Ahary como si le fuera la vida en ello.

—¿Crees que puedes contarnos cómo te has hecho eso? —preguntó con dulzura maternal—. Mientras tanto, el maestro seguirá estudiándolo, ¿te parece bien?

El joven desvió la mirada de Ahary hacia su hermana, tratando de enfocar la vista. Luego tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Lo que está claro es que se lo han hecho, ¿sabes? —comentó la más joven—. No creo que hayan sido los *sharu*, no sé si me entiendes... —Miró al muchacho, mordiéndose el labio—. Han sido los hechiceros, ¿verdad? —Se volvió de nuevo hacia su hermana—. Dijo que querían atar su poder, Kat.

—¿Su poder? —cuestionó esta, pensativa—. ¿Eres uno de los nuestros, chico? ¿Cómo te llamas?

El desconocido se relamió los labios. Intentaba concentrarse, se veía en esos ojos como la noche, intentaba recordar su propio nombre en el delirio del dolor.

Por fin boqueó.

—Orion —logró decir con voz ronca—. Me... Orion.

—Un bonito nombre, Orion. ¿Eres *sharu*?

—No.

Hubo un momento de pesado silencio, pues no había más poderes que la *sharuessa*... y la magia de los hechiceros. Y si él no era un *sharu*, entonces...

La relación entre hechiceros y *sharu* era tirante.

Los primeros despreciaban a los segundos porque su poder era incompleto y por tanto eran fallos, indignos del conocimiento y la capacidad de controlar los elementos;

los hechiceros, los usuarios puros de la magia, consideraban que los *sharu* habían ideado una manera impura y corrupta de hacer magia a pesar de no merecerlo.

Los segundos, por el contrario, consideraban que los hechiceros eran elitistas, hambrientos de más y más poder, y que no querían compartirlo con nadie excepto con los de su propia casta.

El gobierno de Ilmarë estaba en manos del Cónclave, formado por los más poderosos archimagos de la comunidad mágica. No aceptaban *sharu* en su círculo, ni tampoco a personas sin ninguna clase de poder, como Ahary. Tomaban todas las decisiones políticas, y era cierto: no compartían sus secretos con nadie más que con sus discípulos, más hechiceros en potencia.

Los *sharu* tenían un conocimiento de la magia muy rudimentario a causa del hermetismo y el secretismo de los hechiceros. Era comprensible su sed de conocimiento, y el odio que los usuarios de magia despertaban en los *sharu* por el modo en que eran tratados: no solo el desdén, sino la persecución real, la cacería encubierta que se llevaba a cabo.

Porque de vez en cuando había una marcha contra los *sharu*, y eran los hechiceros quienes la lideraban.

Ahary dio un respingo.

—P-pero eso no importa —sentenció—. É-él no ha elegido lo que es, y está muy grave, tenemos que ayudarle. No cambia nada.

El maestro Urgol, no obstante, no escuchaba. Contempló al muchacho que temblaba en el lecho, semidesnudo y con el largo cabello húmedo por la calor pegándose a su cuello, a sus hombros, a sus costados.

—¿Eres un hechicero? —preguntó entonces con voz fría.

El joven desvió su oscura mirada hacia él. Tragó saliva ruidosamente, pero no parecía asustado. Tal vez no podía tener miedo cuando sufría tanto.

—Todavía... no —negó.

—Pero tienes poder mágico.

—Sí.

—Orion. Orion *el prodigio*.

El muchacho frunció ligeramente el ceño.

—Algunos... —musitó— me han llamado... así.

El *sharu* tensó la mandíbula, conteniendo lo que debía ser una mueca de desprecio. Aferró el granate entre sus largos y nudosos dedos.

*Que el sueño te acoja en sus brazos
y tu mente quede en blanco,
que no puedas sentir dolor mientras duermes...
Que así sea.*

Mientras salmodiaba la piedra brilló. Cuando la luz se extinguió, los ojos del joven se cerraron, y este lanzó un suspiro antes de quedar totalmente dormido.

—Hemos acabado —sentenció el maestro Urgol, guardándose el granate en la bolsa con las demás piedras.

Ahary lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Cómo que acabado? —preguntó, poniéndose en pie—. ¿Qué pasa, has oído que no es de los vuestros y te vas? ¿Es por eso de «Orion el prodigio»? ¿Qué más dará quién sea, cuando es evidente que necesita auxilio? ¿Sois tan remilgados?

—Por el Espíritu, Ahary... —masculló Katniss, intentando poner paz, pero esta vez su maestro no estalló en cólera, sino que miró a la chica con frialdad y una punta de desdén.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —le dijo con dureza—. No sabes nada. Si los hechiceros querían atar el poder de esta criatura, lo mejor que puedes hacer por él es llevarlo a cualquier ciudad para que lo recojan y terminen el trabajo. Ahora, si me disculpáis...

No esperó a que nadie lo despidiera: cogió su capa, se caló la capucha y salió a la tormenta que comenzaba a amainar.

Ahary se quedó con la palabra en la boca y el ánimo alterado.

—¿¡Pero tú ves esto normal!? —exclamó—. ¿¡Qué importancia tienen ahora las diferencias!?

Pero el *sharu* Urgol ya se había marchado, y Katniss, atrapada entre dos frentes, solo pudo cubrirse el rostro con una mano y lanzar un agotado suspiro. Su maestro no estaba dispuesto a ayudar, y por tanto aquel desgraciado dependía únicamente de ellas.

~ 9 ~